

den es porque no se acomodan con la sujeción de los padres, maridos, amos ó protectores.

Sin embargo, yo me hice tonto y alegre, y supe de este modo todos los arcanos de mis invictos compañeros; me dijeron cómo eran ladrones y daban asaltos de interés, que todos eran muy valientes, que rara vez salían sin volver habilitados y que ya estaban ricos.

En prueba de esto me enseñaron un cuarto lleno de ropa, alhajas, baúles de dinero, armas de todas clases, sillas, frenos, espuelas y otras mil cosas, por las que eché de ver que en realidad eran ladrones por mayor; mas admirándome de que cómo no se apartaban de aquella vida, que no podía ser muy buena ni muy segura, teniendo ya todos con qué pasarla, cuando no sin zozobras interiores, á lo menos sin sustos de la justicia y sin riesgo de los robados, me dijeron que era imposible que dejaran esa vida; lo uno, porque no podían sacar la cara sin exponerse á ser conocidos; y lo otro, porque el robar era vicio, lo mismo que el beber, jugar y fumar; y así que pretender quitar á aquellos señores de los caminos en clase de ladrones, sería lo mismo que querer quitarles las barajas á los tahures y los vasos á los ebrios.

En esto estábamos, cuando ya al anochecer llegaron los valientes á casa; se apearon, y después de jugar y chacotear tres ó cuatro horas, cenamos todos juntos muy

contentos, y después nos fuimos á acostar, dándome para el efecto suficiente ropa y una piel curtida de cíbolo.

Yo advertí que se quedaban cuatro de guardia á la entrada de la barranca, para hacer su cuarto de centinela como los soldados, y así me acosté y dormí con la mayor tranquilidad, como si estuviera en compañía de unos varones apostólicos; pero como á las tres de la mañana me la interrumpieron los gritos desaforados que dieron todos, unos pidiendo su carabina, otros su caballo y todos cacao,¹ como vulgarmente dicen.

El azoramiento de todos ellos, los gritos y llantos de las mujeres, el ruido de varios tiros que se oían á la entrada de la barranca y el alboroto general me tenían lelo. No hice más que sentarme en la cama y estarme hecho un tronco esperando el fin de aquella terrible aventura, cuando entró una mujer, se llegó á mi rincón, y tropezando conmigo me conoció, y enfadada de mi flema, me dió un pescozón tan bien dado que me hizo poner en pie muy de prisa. — Salga usted, collón, me decía, mandria, amujerado, maricón; ya la justicia nos ha caído y están todos defendiéndose, y el muy sinvergüenza se está echadote como un cochino. Ande usted para fuera, socarrón, y coja ese sable que está tras de

¹ *Pedir cacao* es frase familiar que significa confesarse vencido, ó rendido á discreción.—E.

la puerta, ó si no yo le exprimire esta pistola en la barriga.

Esta fiesta era á obscuras; pero de que yo oí decir exprimir pistolas, salí como un rayo, porque no me acomodaban esas chanzas.

Como mi salida fué en camisa y con el sable que me dió la mujer, me desconocieron los compañeros, y juzgándome alguacil en pena, me dieron una zafacoca de cintarazos que por poco me matan, y lo hubieran hecho muy fácilmente, según las ganas que tenían, pues uno gritaba: — ¡Dale de filo, asegúralo, asegúralo! — Pero á ese tiempo quiso Dios que saliera una mujer con un ocote ardiendo, á cuya luz me conocieron, y compadecidos de la fechoría que habían hecho, me llevaron á mi cama y me acostaron.

A poco rato se sosegó el alboroto, y á éste siguió un profundo silencio en los hombres y un incansable llanto en las mujeres. Yo, algo aliviado de los golpes que llevé, al escuchar los llantos y temiendo no fuera otro susto que acarreará á mi cama alguna maldita mujer desaforada, me levanté con tiempo, me medio vestí, salí para la otra pieza y me encontré á todos los hombres y mujeres rodeados de un cadáver.

La sorpresa que me causó semejante funesto espectáculo fué terrible, y no pude sosegar hasta que me dijeron cuanto había sucedido, y fué: que los centinelas

apostados de vigilancia vieron pasar cerca de ellos y como con dirección á la barranca una tropa de lobos, y creyendo que eran alguaciles, les dispararon las carabinas, á cuyo ruido se alborotaron los de abajo; subieron para la cumbre, y pensando que dos de sus compañeros que bajaron á avisar eran alguaciles, les dispararon con tan buen tino, que á uno le quebraron una pierna y al otro lo dejaron muerto en el acto.

Cuando oí estas desgracias me dí de santos de que no hubiera yo sufrido sino cintarazos, y hasta creo que se me aliviaron más mis dolores. Ya se ve, el hombre cuando compara su suerte con otra más ventajosa se cree desdichado; pero si la compara con otra más infeliz, entonces se consuela y no se lamenta tanto de sus males. La lástima es que no acostumbramos compararnos con los más infelices, sino con los más dichosos que nosotros, y por eso se nos hacen intolerables nuestros trabajos.

En fin, amaneció el día, y á su llegada concluyó el velorio, y sepultaron al difunto. El Aguilucho me dijo:— Tú me dijiste que entendías de médico: mira á ese compañero herido, y dime los medicamentos que han de traer de Puebla, que los traerán sin falta, porque todos los venteros son amigos y compadres y nos harán el favor.

Quedéme aturdido con el encargo; porque entendía de cirugía tanto como de medicina, y no sabía qué hacer, y así decía entre mí:—Si digo que no soy cirujano

sino médico, es mala disculpa, pues le dije que entendía de todo; si empeoro al enfermo y lo despacho al purgatorio, temo que me vaya peor que en Tula; porque estos malditos son capaces de matarme y quedarse muy frescos. ¡Virgen Santísima! ¿qué haré? Alúmbrame... Animas benditas, ayudadme... Santo mío, san Juan Nepomuceno, pon tiento en mi lengua...

Todas esas deprecaciones hacía yo interiormente sin acabar de responder, fingiendo que estaba inspeccionando la herida, hasta que el Aguilucho, enfadado con mi pachorra, me dijo: —¿Por fin, á qué horas despachas? ¿qué se trae?

No pude disimular más, y así le dije: — Mira, no se puede ensamblar la pierna, porque el hueso está hecho astillas (y era verdad). Es menester cortarla por la fractura de la tibia, pero para esto se necesitan instrumentos y yo no los tengo.

—¿Y qué instrumentos se han menester? preguntó el Aguilucho. — Una navaja curva, le respondí, y una sierra inglesa para aserrar el hueso y quitarle los picos. — Está bien, dijo el Aguilucho, y se fueron.

A la noche vinieron con un tranchete de zapatero y una sierra de gallo. Sin perder tiempo nos pusimos á la operación. ¡Válgame Dios! ¡cuánto hice padecer á aquel pobre! No quisiera acordarme de semejante sacrificio. Yo le corté la pierna como quien tasajea un trozo de

pulpa de carnero. El infeliz gritaba y lloraba amargamente; pero no le valió, porque todos lo tenían afianzado. Pasé después á aserrarle los picos del hueso, como yo decía, y en esta operación se desmayó, así por los insufribles dolores que sentía, como por la mucha sangre que había perdido, y no hallaba yo modo de contenérsela, hasta que con una hebra de pita le amarré las venas, y aprovechando su desmayo le cautericé la carne con una plancha ardiendo. Entonces volvió en sí y gritaba más recio; pero algo se le contuvo la hemorragia.

Finalmente, á mí no me valió el aceite de palo, el azúcar y romero en polvo, el estiércol de caballo, ni cuantos remedios de estos le aplicaba; cada rato se le soltaban las vendas y le salía la sangre en arroyos. Esto, junto con lo mal curado de lo restante, hizo que el debilísimo paciente se agangrenara pronto, y tronara como tronó dentro de dos días.

Todos se incomodaron conmigo atribuyendo aquella muerte á mi impericia, y con sobrada razón; pero yo tuve tal labia para disculparme con la falta de auxilios á la mano, que al fin lo creyeron, enterraron al muerto y quedamos amigos. ¡Cuántas averías hacen los hombres más ó menos funestas por meterse en lo que no entienden!

Así pasé después sin novedad como dos meses, escribiendo los apuntes que querían, rasurándolos y quedándome de día á cuidar el serrallo de mis amos, amigos

y compañeros. Una noche, de los cinco que salieron volvieron cuatro muy confusos, porque les mataron uno en cierta campaña que tuvieron; pero no perdieron el ánimo, antes propusieron vengarse al otro día. — Son tres, decían, y tres mozos; éstos no valen nada, y así el partido está por nosotros; nos la han de pagar por los huesos de mi madre. Mañana han de pasar por Río Frío; allí nos veremos.

Acabadas estas amenazas, cenaron y se acostaron. Yo hice lo mismo, pero no muy á gusto, reflexionando que se iba desmembrando la compañía, y acordándome de echar mi barba en remojo, porque veía pelar muy seguido la de mis vecinos.

Pensaba en desertarme; pero no me atrevía, porque ignoraba la salida de aquel encantado laberinto; ni aun osaba comunicar mi secreto á las mujeres, temeroso de que me descubrieran.

En estos cálculos pasé la noche, y á otro día muy de madrugada me levantaron y me hicieron vestir. Yo lo hice luego luego. Después ensillaron mi caballo y me pusieron dos pistolas en la cintura, una cartuchera y un sable; me acomodaron una mojarra en la bota, y me pusieron una carabina en la mano.

—¿Para qué son tantas armas? preguntaba yo muy espantado.—¿Para qué han de ser, bestia? decía el Aguilón; para que ofendas y te defiendas.

—Pues nada haré seguramente, decía yo, porque para ofender no tengo valor, y para defenderme me falta habilidad. Yo en los casos apurados me atengo á mis talones, porque corro más que una liebre; y así para mí todo esto es excusado.

Enfadóse el Aguilucho con mi cobardía, y sacando el sable, me dijo muy enojado: — ¡Vive Dios, bribón, cobarde, que si no montas á caballo y no nos acompañas, aquí te llevan los demonios! — Yo, al verlo tan enojado, hice de tripas corazón, fingiendo que mi miedo era chanza, y que era capaz de salir al encuentro del demonio si viniera en traje de caminante con dinero. Se dieron por satisfechos; seguimos nuestro camino con designio de salirles á los viandantes, robarlos y matarlos; pero no sucedió según lo pensaron.

